

Lección 10. SE MULTIPLICA LA DESCENDENCIA

En tierra extraña, la prole de Israel se reproduce hasta hacerse pueblo

Encuentro de José con sus hermanos

Simultáneamente –como debía suceder– se sintió el hambre en todo Canaán, de manera que cuando hubo extrema necesidad, Jacob dispuso que sus diez hijos mayores –excepción hecha del menor Benjamín a quien el patriarca no quiso exponer a los peligros– partieran a Egipto para proveerse de grano.

José en persona vigilaba el despacho de granos a todos los que lo solicitaban, de manera que cuando sus diez hermanos llegaron en demanda de alimento, forzosamente hubieron de llegar a su presencia: *“Vio José a sus hermanos y los reconoció, pero él no se dio a conocer, y hablándoles con dureza les dijo: ‘¿De dónde venís?’ Dijeron: ‘De Canaán, para comprar víveres.’”* (Gn 42,7).

Es de comprenderse que no fuera fácil reconocer en el *Safnat Panéaj* a aquel muchacho de años atrás vestido simplemente de la túnica que su padre le regalara, cuando el preferido de Faraón se erguía delante de ellos con un atuendo principesco a la usanza egipcia, incluido el tocado clásico en la cabeza y los afeites que daban al rostro majestad indescriptible.

José entonces, deseoso de saber de su padre y del hermano menor, con todo siguió una estrategia particular: los apostrofó tratándolos como espías que iban a Egipto para examinar los puntos débiles de defensa, y por más que ellos le explicaron que procedían de un mismo padre, y que de doce hermanos que habían sido, el menor había quedado en casa y el otro ya no existía, por lo que los diez restantes estaban ante él.

José, que hablaba con ellos a través de un intérprete aparentando desconocer el idioma en que se expresaban, fingió negarse a creerles, decidiendo que uno quedaría preso mientras los otros nueve irían a traer al hermano menor, Benjamín, para demostrar que decían la verdad. *“Y se decían el uno al otro: ‘A fe que somos culpables contra nuestro hermano, cuya angustia veíamos cuando nos pedía queuviésemos compasión y no le hicimos caso. Por eso nos hallamos en esta angustia.’ Rubén les replicó: ‘¿No os decía yo que no pecarais contra el niño y no me hicisteis caso? ¡Ahora se reclama su sangre!’ Ignoraban ellos que José les entendía, porque mediaba un intérprete entre ellos. Entonces José se apartó de su lado y lloró; y volviendo donde ellos tomó a Simeón y le hizo amarrar a vista de todos.”* (Gn 42,21-24).

Los hijos de Jacob regresan a Canaán

Mandó José que se llenaran los sacos de grano de sus hermanos, y que se les añadiera el dinero importe de la compra metido en las talegas de cada uno. No fue sino hasta la noche, cuando acamparon, que uno de ellos lo descubrió y lo dio a saber a los demás. Al verse todos así tratados, tan sólo se preguntaban *“¿Qué es esto que ha hecho Dios con nosotros?”* (Gn 42,28).

Difícil fue para ellos llegar a presencia de su padre y tener que contarle el accidentado resultado de su misión, ya que habían sido tratados con humillante dureza

me hablasteis, ¿vive aún?.' Y le dijeron: 'Está bien tu siervo, nuestro padre: todavía vive.' Y postrándose se inclinaron. Entonces José volvió los ojos y vio a Benjamín, su hermano de madre, y dijo: '¿Este es vuestro hermano menor, de quien me hablasteis?' Y añadió: 'Dios te guarde, hijo mío.'" (Gn 43,26-29).

Rápidamente tuvo que retirarse José donde no le vieran porque el llanto asomó a sus ojos. A solas lloró abundantemente; luego se lavó la cara y volvió al comedor. En seguida fue servida la mesa; la comida fue presentada y transcurrida de esta manera: José aparte, pero cercano a ellos, y también aparte los egipcios que servían a José, pues no toleraban comer junto con los hebreos. José desde su lugar les convidaba bocados, pero a Benjamín se los servía con particular distinción. Los once hermanos no dejaban de salir de su asombro ante tantas consideraciones.

Todo marchaba de maravilla para los viajeros, pero más tarde José dispuso a su mayordomo llevándolo aparte: "*Llena de víveres las talegas de estos hombres, cuanto quepa en ellas, y pones el dinero de cada uno en la boca de su talega. Y mi copa, la copa de plata, la pones en la boca del saco del pequeño, además del dinero de su compra.*' Y él hizo conforme a lo que había dicho José." (Gn 44,1-2).

Apenas salieron de la ciudad los viajeros, cuando José dispuso a su mayordomo una nueva orden desconcertante: que partiera detrás de ellos, les diera alcance y les reprochara duramente la falta de agradecimiento y correspondencia a las gentilezas de su señor, puesto que habían robado la copa de plata en que él solía beber y hacer sus adivinaciones.

Es de saber que entre las naciones de oriente existía la superstición de que el sonido que producía el agua al caer en la copa merecía la interpretación de un adivino acerca de la buena o mala suerte. Es de suponer que José se mantuvo en la fe de sus antepasados y que, por lo tanto, no participaba de tales creencias, pero acaso por el rango que ocupaba no se encontraba en posibilidad de contradecir tales opiniones.

La sorpresa de los perseguidos fue mayúscula, pues ni habían hecho un descanso todavía, ni tiempo habían tenido de volver a revisar sus talegas para encontrarse que de nuevo iba en ellas el importe de su compra; menos aún podrían haber imaginado que en la talega de Benjamín viajaba la copa del Safnat Panéaj, lo cual constituía por sí sólo un crimen imperdonable.

De manera que tras de afirmar con exclamaciones de protesta que ellos no eran capaces de pagar en esa forma los favores y atenciones recibidos, invitaron al mayordomo a que revisara sus equipajes y talegas para corroborar que decían la verdad; más aún se comprometieron a lo siguiente: "*Aquel de tus siervos a quien se le encuentre, que muera; y también los demás nos haremos esclavos del señor.*" Dijo: "*Sea así como decís: aquel a quien se le encuentre, será mi esclavo; pero los demás quedaréis disculpados.*' Ellos se dieron prisa en bajar sus talegas a tierra y fueron abriendo cada cual la suya; él les registró empezando por el grande y acabando por el chico, y apareció la copa en la talega de Benjamín. Entonces rasgaron ellos sus túnicas (ne: en señal de consternación), y cargando cada cual su burro regresaron a la ciudad." (Gn 44,9-13).

El abatimiento inundó a los forasteros, más aún cuando fueron conducidos, no a

la cárcel, sino directamente a casa de José, quien aparentemente sin esperarlos todavía se hallaba sin salir de la mansión: 'José les dijo: '¿Qué habéis hecho? ¿Ignorabais que uno como yo tenía que adivinarlo sin falta?' Judá dijo: '¿Qué vamos a decir al señor, qué vamos a hablar, qué excusa vamos a dar. Dios ha hallado culpables a tus siervos, y hemos aquí como esclavos de nuestro señor, tanto nosotros como aquel en cuyo poder ha aparecido la copa.' Replicó: '¡Lejos de mí, hacer eso! Aquel a quien se le ha hallado la copa, ése será mi esclavo, que los demás subiréis sin novedad donde vuestro padre.'" (Gn 44,15-17).

Esto hacía José por vía de prueba para constatar hasta qué punto sentían afecto por Benjamín, y por él a su padre Jacob. Y en efecto, se cercioró de lo que quería, pues en seguida Judá se atrevió a hablarle, como si fuera al mismísimo Faraón, para explicarle el fondo del drama que estaba por originarse: él había prometido a Jacob que volvería con Benjamín, el único hijo que le quedaba de su amadísima Raquel, y ¿cuál sería su actitud delante de su padre si volviera sin el muchacho? Ante todo, temía que esto bastara para que el patriarca "bajara al šeol", esto es que muriera de dolor al perder al hijo consentido, pues si pudo sobreponerse a la pérdida del primero destrozado por las fieras, no soportaría este segundo dolor.

"La verdad es que tu siervo ha traído al muchacho de junto a su padre bajo palabra de que: si no te lo traigo, quedaré en falta para con mi padre a perpetuidad. Ahora, pues, que se quede tu siervo en vez del muchacho como esclavo de mi señor, y suba el muchacho con sus hermanos. Porque, ¿cómo subo yo ahora a mi padre sin el muchacho conmigo? ¡No quiero ni ver la aflicción en que caerá mi padre." (Gn 44,32-34).

José se descubre a sus hermanos

"Ya no pudo José contenerse delante de todos los que en pie le asistían y exclamó: 'Echad a todo el mundo de mi lado.' Y no quedó nadie con él mientras se daba a conocer José a sus hermanos." (Gn 45,1).

Había traicionado a José la nobleza de sus sentimientos. No era posible seguir fingiendo cuando Judá de manera tan vivaz le había manifestado el dolor que podría causar a su padre, tan grande que lo llevaría al sepulcro. Tampoco hubiera podido soportar indefinidamente que uno de sus hermanos quedara en condición de esclavo suyo, menos aún si así ocurriera con Benjamín.

Había llevado el drama hasta un punto insostenible, y así, acabó por revelarse: "José dijo a sus hermanos: 'Yo soy José. ¿Vive aún mi padre?' Sus hermanos no podían contestarle, porque se habían quedado atónitos ante él. José dijo a sus hermanos: 'Vamos, acercaos a mí.' Se acercaron, y él continuó: 'Yo soy vuestro hermano José, a quien vendisteis a los egipcios. Ahora bien, no os pese mal, ni os dé enojo el haberme vendido acá, pues para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros. Porque con éste van dos años de hambre por la tierra, y aún quedan cinco años en que no habrá arada ni siega. Dios me ha enviado delante de vosotros para que podáis sobrevivir en la tierra y para salvaros la vida mediante una feliz liberación. O sea, que no fuisteis vosotros los que me enviasteis acá, sino Dios, y él me ha convertido en padre (ne: esto es, en visir o virrey, en el que gobierna en lugar del rey) de Faraón, en dueño de su casa y amo de todo Egipto.'" (Gn 45,4-8).

Siendo José un hijo ejemplar, en seguida se preocupó por él, y así pidió a sus hermanos que se ocuparan de darle la buena noticia, con la seguridad de que él estaba dispuesto a darle amparo: *"Subid de prisa a donde mi padre, y decidle: 'Así dice tu hijo José: Dios me ha hecho dueño de todo Egipto, baja a mí sin demora. Vivirás en el país de Gošen, y estarás cerca de mí, tú, y tus hijos y nietos, tus ovejas y tus vacadas y todo cuanto tienes.'"* (Gn 45,9-10).

Se extendió más José en su mensaje, para dar seguridad a su padre del amparo que le prestaría al ser él el segundo en Egipto. Luego de esto pensó en su otro cariño; se volvió a Benjamín, su único hermano de madre, *"Y echándose al cuello de su hermano Benjamín, lloró; también Benjamín lloraba sobre el cuello de José. Luego besó a todos sus hermanos, llorando sobre ellos; después de lo cual sus hermanos estuvieron conversando con él."* (Gn 45,14-15).

Invitación de Faraón

Los sirvientes de José se encargaron de propagar por todo Egipto la noticia de que habían llegado hasta él sus hermanos; el Faraón fue enterado de inmediato y actuó de una manera por demás favorable, y así dio instrucciones a José: *"Di a tus hermanos: 'Cargad vuestras acémilas y poneos inmediatamente en Canaán, tomad a vuestro padre y vuestras familias, y venid a mí, que yo os daré lo mejor de Egipto, y comeréis lo más pingüe del país.' Por tu parte, ordénales: 'Haced esto: Tomad de Egipto carretas para vuestros pequeños y mujeres, y os traéis a vuestro padre. Y vosotros mismos no tengáis pena de vuestras cosas, que lo mejor de Egipto será para vosotros.'"* (Gn 45,17-20).

Llegó José al colmo de delicadeza en el trato a sus hermanos al despedirles; los habilitó de todo y más de lo necesario, y en particular para Benjamín dio cinco veces más. Para su padre se esmeró mucho más aún; y así, llenos de víveres y regalos partieron los once hermanos rumbo a donde su padre.

A su arribo a Canaán dieron a su padre la feliz noticia de que José vivía, y le narraron el éxito a que había llegado, pero Jacob no pudo dar crédito al principio. Hubo de cerciorarse al contemplar los abundantes víveres, los obsequios espléndidos y las carretas dispuestas a transportarlo a él y toda su progenie hasta Egipto; y nos cuenta el Génesis *"Y dijo Israel: '¡Esto me basta! Todavía vive mi hijo José: iré y le veré antes de morirme'"* (Gn 45,28).

Sale Jacob para Egipto

Antes de dejar Beršeba, Jacob tuvo una visión, donde hizo sacrificios a Yahveh, quien le habló de esta manera: *"¡Jacob, Jacob! —'Heme aquí' respondió— 'Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas en bajar a Egipto, porque allí te haré una gran nación. Y bajaré contigo a Egipto y yo mismo te subiré también. José te cerrará los ojos.'"* (Gn 46,2-4).

Después de esto, dejó Jacob Beršeba para bajar a Egipto. El resto del capítulo 46 del Génesis se ocupa de describir pormenorizadamente cómo estaba constituida hasta ese momento toda la progenie del patriarca, terminando de esta manera: *"Todas las personas que entraron con Jacob a Egipto, nacidas de sus entrañas, —salvo las mujeres de los hijos de Jacob— hacían un total de sesenta y seis personas. Los hijos de José, que le habían nacido en Egipto eran dos. Todas las personas de la casa de Jacob que entraron en Egipto eran setenta."* (Gn 46,26-27).

"Israel mandó a Judá por delante adonde José, para que éste le precediera a Gošen; y llegaron al país de Gošen. José enganchó su carroza y subió a Gošen, al encuentro de su padre Israel; y viéndole se echó a su cuello y estúvose llorando sobre su cuello. Y dijo Israel a José: 'Ahora ya puedo morir, después de haber visto tu rostro, pues que tú vives todavía.'" (Gn 46,28-30).

Los egipcios eran comúnmente labradores dedicados a la agricultura aprovechando las feraces tierras regadas por el río Nilo; por esto detestaban cohabitar con los ganaderos de Canán; por tanto, previendo José primero, y luego el Faraón los problemas que podían causar los descendientes de Jacob llevando sus vacadas y rebaños de ovejas, optaron por asentar a éstos en el país de Gošen, muy aparte de aquéllos. La medida fue buena, y así, en paz, se acomodaron y fueron se extendiendo estos nuevos habitantes de Egipto.

El capítulo 47 del Génesis describe la manera como procedió José para terminar con los años de hambre y de sequía, manteniendo un orden de beneficio a la vez para el pueblo y para Faraón, de manera que al final había dejado establecido que por el bien recibido, todo este pueblo agricultor a cambio de alimentos había entregado en propiedad sus campos al rey, pero éste a su vez por recibir la quinta parte de las cosechas anuales en adelante, protegería el goce de las tierras a todos tal como las tuvieron antes como propietarios, excepto las tierras en propiedad de los sacerdotes, cuya propiedad les fue siempre respetada. Leyes sabias que dejó establecidas José y que fueron respetadas, dice, *hasta la fecha*.

Jacob alcanzó todavía a vivir diecisiete años en Egipto, alcanzando una edad de ciento cuarenta y siete años. Acercándose su final, hizo prometer solemnemente a José que a su muerte habría de ser transportado y sepultado su cadáver al lado de sus padres en Hebrón. Y así fue.

Antes de morir, Jacob quiso adoptar como hijos propios a Manasés y Efraím, siendo el primero el primogénito; pero a la hora de bendecirlos cruzó las manos sobre sus cabezas, de modo que la mano derecha quedó sobre Efraím, quien por tanto recibió el derecho de primogenitura por decisión de Jacob, el cual le predijo gran bonanza para su descendencia.

Jacob se ocupó también de bendecir a cada uno de sus hijos, atribuyéndoles adjetivos que describían el futuro de cada uno y de su progenie, llenando todo el capítulo 49 del Génesis, pero merece atención particular la bendición que el patriarca confirió a Judá en los términos siguientes: *"A ti, Judá, te alabarán tus hermanos; tu mano en la cerviz de tus enemigos; inclínense a ti los hijos de tu padre. Cachorro de león es Judá; de la presa, hijo mío, has vuelto; se recuesta, se echa cual león, o cual leona, ¿quién le hará alzar? No se irá de Judá el báculo, el bastón de mando de entre tus piernas, hasta tanto que se le traiga el tributo y a quien rindan homenaje las naciones; el que ata a la vid el borriquillo y a la cepa el pollino de su asna; lava en vino su vestimenta, y en sangre de uvas su sayo; el de ojos encandilados de vino, el de los dientes blancos de leche."* (Gn 49,8-12).

Muchas interpretaciones se han hecho a través de los siglos desde tiempos veterotestamentarios (correspondientes al Antiguo Testamento); en todo caso se ve la supremacía de la tribu de Judá, su perdurabilidad, y sobre todo ello que el mando quedará en sus manos hasta que venga aquél a quien rindan homenaje las nacio-

nes, con clara alusión al Mesías que habrá de gobernar sobre toda la humanidad. Se pronostica la larga vida de la tribu de Judá que rebasará a todas las demás.

¿Acaso se quiere aquí indicar que aquel a quien han de rendir homenaje todas las naciones habrá de ver empapadas en sangre sus vestiduras y que ésta bajará desde la cañaza hasta inyectar sus ojos, con alusión a la Pasión de Cristo? ¿Predice en la blancura de sus dientes la inocencia, la ausencia de toda culpa en él?

Muerto Jacob, el mismo Faraón cumpliendo los deseos de José hizo llevar su cadáver hasta Mambré, en Hebrón, y ahí fue sepultado junto con sus padres Abraham, Sara, Isaac y Rebeca, así como con su esposa Lía. Un gran séquito luctuoso formado por los de su descendencia y acompañado por connotados egipcios hizo exclamar a los cananeos: *"Duelo de importancia es ese de los egipcios."* (Gn 50,11).

Epílogo de la historia de José

Los hermanos de José, muerto Jacob, temieron que ahora sí desataría su venganza sobre ellos, pero lejos de eso él les aseguró que nada de aquel execrable pasado influiría en su futuro. Y así lo cumplió.

José vivió hasta la edad de ciento diez años, y alcanzó a ver a los hijos, nietos y biznietos, descendientes de Efraim y Manasés, sobre sus rodillas. *"Por último, José dijo a sus hermanos: 'Yo muero, pero Dios se ocupará sin falta de vosotros y os hará subir de este país al país que juró a Abraham, Isaac y Jacob.' José hizo jurar a los hijos de Israel, diciendo: 'Dios os visitará sin falta, y entonces os llevaréis mis huesos de aquí.' Y José murió a la edad de ciento diez años; le embalsamaron, y se le puso en una caja en Egipto."* (Gn 50,24-26).

Confrontación con la historia profana, su tradición y arqueología

Hemos seguido la historia de José según la Biblia. Tal es la trama del relato. ¿Puede apoyarse en otras fuentes informativas? Veamos que sí: la egiptología que hoy como en ningún otro pueblo del mundo nos narra una historia casi ininterrumpida de cinco mil años, nos lo demuestra. Hemos leído que José asienta a su familia en Goşen, lejos del pueblo étnicamente egipcio que no los aceptaba porque provenían de Canaán, siendo un pueblo de pastores cuando ellos eran agricultores.

¿Cómo fue posible entonces que el Faraón aceptara a José como su virrey, por más que le dejara maravillado con su clarividencia y sus dotes inigualables? Bien podía haberse servido de él manteniéndolo en esclavitud y servidumbre cercano a sí mismo si le hubiera repugnado su origen, pero, ¿por qué lo aceptó así?

Dentro de la historia casi ininterrumpida de Egipto, constatada por los monumentos e inscripciones, en que aparecen casi la totalidad de los nombres de los Faraones que lo gobernaron, existe sin embargo una laguna casi precisa que va del año 1730 antes de Cristo en que cesan de manera repentina, al 1589.

Es un paréntesis histórico en que Egipto permanece en una profunda oscuridad.

Sólo en el año 1589 vuelven a aparecer nuevos testimonios. ¿Cómo explicar esto tratándose de un pueblo tan adelantado: la falta de datos históricos por un espacio de tiempo tan extenso, cosa que no sucede antes y después?

Pero felizmente, si los monumentos y las inscripciones nos ocultan este paréntesis histórico, existen numerosas pruebas fehacientes de restos arqueológicos, tales

como armas, utensilios y sedimentos históricos desenterrados, que hablan con superabundancia de pormenores de cambios profundos de usos y costumbres ocurridos por entonces en Egipto.

Fue algo violento e inesperado lo sucedido en la vasta cuenca del Nilo hacia el 1730: las tropas egipcias que cuidaban las fronteras del oriente, acostumbradas a la vigilar a que no las traspasaran los aventureros casi desarmados, o dotados de sencillas armas como salteadores, vieron aparecer ante sus ojos como relámpago soldados montados en ligerísimos carros de guerra desconocidos por ellos, los cuales, armados de arcos y flechas pronto se extendieron por todo el territorio, penetrando hasta los límites del sur, donde linda Egipto con la Nubia; se apoderaron de todo gobierno e impusieron su voluntad por espacio de casi un siglo.

Fueron los hiksos, cuyo nombre significa «dueños del desierto», de origen evidentemente semítico, provistos de caballos, casi desconocidos por los egipcios, protegidos con corazas de cobre, y ávidos de la prosperidad egipcia y de la feracidad de las tierras regadas por el Nilo. Su actividad fue el pastoreo y la ganadería, de vida nómada, por tanto gente de costumbres frugales: sobrios de usos austeros, que aprovecharon la debilidad de las dinastías XIII y XIV, de Faraones débiles, acostumbrados a una vida pacífica y regalada debido a las riquezas acumuladas y al benigno clima, lo que les produjo una incapacidad de emprender la lucha. Sus súbditos participaban de esta vida pacífica y no pudieron oponer resistencia. Antes que los egipcios se prepararan y aprestaran para la lucha, habían sido vencidos.

El historiador Josefo llama a los hiksos «nuestros antepasados», lo que bien declara su origen semítico, ya que los egipcios eran de origen copto, esto es descendientes de Cam: bajos de estatura, de complexión delgada y piel oscura, aunque no negros. Su idioma, el copto, era difiere totalmente de los de origen semítico.

No es difícil comprender el por qué de que el pueblo egipcio, dominado por los hiksos, no quisiera tratar a los hijos de Jacob, amparados por un Faraón hikso, a quien no fue difícil aceptar como virrey a José, por ser afines étnicamente.

Se desconoce el nombre del Faraón reinante, pues el silencio histórico en que permaneció Egipto durante aquel funesto siglo en manos de sus invasores, no dejó nombres ni dato histórico alguno. Por lo mismo la historia de José y su familia, su asentamiento y multiplicación en el país de Goşen no dejaron antecedentes, pero ciertamente ahí se establecieron sin propagarse por el resto del territorio.

Es verdad que caravaneros ismaelitas llevaban hierbas de olor, incienso y drogas a Egipto, y lo es también que ocasionalmente importaban esclavos.

Putifar, el nombre del egipcio a quien José es vendido. Es un nombre muy corriente en el país. En egipcio es «Pa-di-pa Ra», es decir: «el enviado del dios Ra».

El nombramiento de José como virrey de Egipto y el ser revestido con las insignias de su elevado cargo: el anillo, el sello del Faraón, esa rica vestidura de lino con la cadena de oro (*Gn* 41,42), los artistas egipcios lo han representado exactamente en las inscripciones murales y en los bajorrelieves de solemnes investiduras.

Fueron los hiksos quienes introdujeron en Egipto el uso del carro de guerra y el de las ostentosas carrozas tiradas por caballos para el Faraón y sus favorecidos.

José se desposó con una mujer de acuerdo con su dignidad, Asenet (*Gn* 41,45) hija de Poti Fera, personaje histórico sacerdote de Heliópolis, la «Ciudad del Sol», On, al norte de El Cairo actual, pasando a ser yerno de un hombre de gran influencia.